

el tiempo que pasamos en Oriente. Siempre echaré de ménos aquel caballo completo:—habia nacido en el Khorassan, y no tenia mas que cinco años.

Al anochecer llegamos al pozo de Salomon; al dia siguiente temprano entrábamos en Saide, la antigua Sidon, escoltados por los Francos del pueblo y por el hijo de M. Giraudin, nuestro escelente vice-cónsul en este pueblo. Tambien hallamos en Saide á M. Cattafago, à quien conocimos en Nazaret, y à su familia; acababa de hacer construir una casa en aquella ciudad y se ocupaba en los preparativos del casamiento de una de sus hijas. Como la antigua Sidon no ofrece ya ningun vestigio de su pasada grandeza, no hicimos otra cosa mas que dejarnos agasajar por M. Giraudin, y nos entregamos al placer de hablar de Europa y del Oriente con aquel interesante y amabilísimo anciano. Patriarca en la tierra de los patriarcas, nos presentaba en sí y en su familia la imágen de todas las virtudes patriarcales cuyas costumbres nos recordaba tambien con las suyas.

El tifus se caracteriza con todos sus síntomas en la enfermedad cada vez mas seria de M. Laroyére. No pudiendo ya levantarse para montar á caballo, fletamos una barca en Saide para llevarle por mar à Berut; nos ponemos en camino con lo restante de la caravana; despacho un correo à lady Stanho-

pe para darle las gracias por lo mucho que ha tenido la bondad de hacer en mi favor cerca del caudillo Abugosh, y suplicarla que aproveche las ocasiones que se le presenten de anunciar mi próxima llegada á los árabes del desierto de Bka, de Balbeck y de Palmira.

5 de Noviembre.

Pasamos la noche en unas antiguas ruinas abandonadas en la orilla del mar: escribo por la noche algunos versos en las páginas de mi Biblia;—alegría por acercarnos à Berut despues de un viage tan felizmente llevado á cabo;—hallamos en el camino un ginete árabe portador de una carta de mi muger:—todo va bien, Julia disfruta de escelente salud;—me aguardan para ir á pasar algunos dias en el monasterio de Antura, en el Líbano, con el patriarca católico que ha venido en persona á convidarnos. A las cuatro de la tarde descarga una furiosa tempestad; las nubes se rasgan de repente encima de las montañas que están á nuestra derecha; el estruendo del flujo y del reflujo de aquellos pesados nubarrones contra los picos del Líbano que los desgarran, se confunde con el estruendo del mar, que parece una llanura de nieve revuelta por un furioso vendabal. La lluvia no cae, como

en Occidente, en gotas mas ó menos frecuentes, sino en arroyos continuos y pesados que golpean al hombre y al caballo como la mano de la tempestad; la luz ha desaparecido completamente; nuestros caballos andan entre torrentes mezclados con piedras arrastradas, y a cada instante se ven a pique de ser arrastrados al mar. Cuando se despeja el cielo, nos hallamos a la vera del plantío de los pinos de Facardin, a media legua del pueblo; —la patria es algo para los animales como para los hombres; aquellos de entre mis caballos que reconocen aquel sitio por habernos llevado a él muchas veces, aunque despeados por trescientas leguas del camino, relinchan, aguzan las orejas y brincan de alegría en la arena;—dejo á la caravana desfilar lentamente bajo los pinos; lanzo mi caballo *Líbano* al galope, y llego trémulo el corazón de inquietud y alegría, a los brazos de mi muger.

Julia estaba divirtiéndose en una casa inmediata con las hijas del príncipe de la montaña, nombrado gobernador de Berut durante mi ausencia; —me ha visto llegar desde lo alto del terrado, y al instante la veo venir exclamando:—¿Dónde está? ¿Es él?

Entra, se precipita en mis brazos, me cubre de caricias, luego corre por el cuarto, brillando en sus hermosos ojos lágrimas de alegría, levantando los brazos y repitiendo:—¡Oh! qué contenta estoy! ¡qué

contenta estoy!—vuelve y vuelve á sentarse en mis rodillas y á abrazarme una y mil veces. Había en la estancia dos jóvenes padres jesuitas del Líbano visitando á mi muger y en largo rato no pude dirigirles una palabra de atención; enmudecidos ellos tambien delante de aquella candorosa y vehemente niña hácia su padre, y ante el celeste brillo que el júbilo añadía á la hermosura de aquella cabeza radiante; permanecian en pié, llenos de admiracion; —nuestros amigos y nuestra comitiva llegan poco despues, y llenan con nuestros caballos y nuestras tiendas los campos de moreras.

Paso algunos dias de descanso y contento, recibiendo las visitas de nuestros amigos de Berut: los hijos del emir Beschir, que han bajado de las montañas, por órden de Ibrahim, para ocupar el pais, que amenaza sublevarse en favor de los turcos, están acampados en el valle de Nar-el-Keb á cosa de una hora de mi casa.

7 de Noviembre 1832.

El cónsul de Cerdeña, M. Bianco, relacionado hace muchos años con aquellos príncipes, nos convida a una comida que les da. Llegan vestidos con magníficos caftanes, todos tejidos de hilo de oro; sus turbantes se componen igualmente de las

mas ricas telas de Cachemira. El primogénito de los príncipes, que manda el ejército de su padre, lleva un puñal cuyo mango está todo embutido de diamantes de inestimable valor. Su séquito es numeroso y singular; en medio de un gran número de Musulmanes y de esclavos negros, se halla un poeta, enteramente semejante, por sus atribuciones, á los bardos de la edad media; su obligación consiste en cantar las virtudes y las hazañas de su amo, en componerle historias cuando le llama para matar el tedio, en estarse de pié detras de él á la mesa para improvisar versos, especies de brindis políticos en honor suyo ó de los convidados á quienes quiere agasajar el príncipe.

Tambien hay un capellan ó confesor maronita católico que nunca se aparta del príncipe, ni aun en la mesa, y que es el único á quien le está permitida la entrada en el harem; -- aquel sacerdote es un fraile de fisonomía jovial y guerrera, en un todo semejante a lo que entendemos por un capellan de regimiento. Este á causa de su carácter eclesiástico, se sienta a la mesa; el poeta se queda en pié. Aquellos príncipes, y sobre todo el mayor, no parecen en manera alguna cortados de ver nuestros usos, ni por la presencia de las mugeres europeas; hablan con todos nosotros, con el mismo desembarazo, la misma finura de modales, la misma libertad que si se hubieran criado en la corte mas elegante de Europa. La civilizacion oriental

está siempre al nivel de la nuestra, porque es mas antigua, y originalmente mas pura y perfecta. Para un hombre despreocupado, no hay comparacion entre la nobleza, el decoro y la gracia severa de las costumbres árabes, turcas, indias, persas, y las nuestras; en nosotros se ven los pueblos jóvenes, que salen apenas de unas civilizaciones duras, groseras, incompletas: en ellos se ven los hijos de buena sangre, los pueblos herederos de la sabiduría y de la virtud antiguas. Su nobleza, que no es mas que la filiacion de las virtudes primitivas, está escrita en sus fuentes, y aun en sus trages: y luego es de advertir que no hay pueblo entre ellos. La civilizacion moral, la única que tomo en cuenta, está en todas partes al mismo nivel: el pastor y el emir son de la misma familia hablan la misma lengua, tienen los mismos usos y participan de la misma filosofía, de la misma grandeza de tradiciones, que es la atmósfera de un pueblo.

A los postres, los vinos de Chipre y del Líbano circulan con profusion; los árabes cristianos y la familia del emir Beschir, que es cristiana, ó cree serlo, los deben sin dificultad cuando llega el caso. Brindamos por la victoria de Ibrahim, por la emancipacion del Líbano, por la amistad de los Francos y de los árabes; luego, en fin, el príncipe propuso un bñndis por las damas presentes al festin; en seguida su bardo empezó á improvisar por

orden del príncipe, y cantó en recitativo y á grito pelado, unos versos árabes cuyo sentido era poco mas ó menos el siguiente:

“Bebamos el jugo de Eden que embriaga y regocija el corazon del esclavo y del príncipe,—el vino de los majuelos que plantó el mismo Noé cuando la paloma, en vez del ramo de olivo, le trajo del cielo la cepa. Por la virtud de este vino, el poeta por un instante se convierte en príncipe, y el príncipe se convierte en poeta.

“Bebámosle en honor de estas jóvenes y hermosas Francas que vienen del país donde toda muger es reina. Los ojos de las mugeres de Siria son dulces, pero están velados. En los ojos de las hijas de Occidente hay mas embringuez que en la trasparente copa que estoy bebiendo.

“Beber vino y contemplar el rostro de las mugeres, es para el musulman pecar dos veces; para el árabe es gozar dos veces y bendecir á Dios de dos maneras.”

El mismo capellan pareció encantado de aquellos versos, y cantaba el estribillo del bardo riéndose y apurando su copa; el príncipe nos propuso el vistoso espectáculo de una caza de altanería, diversion habitual de todos los príncipes y jeques de Siria, de donde trajeron este uso á Europa los cruzados.

9 de Noviembre, 1832.

El clima, á escepcion de algunos vendabales en el mar y de algunas lluvias hácia el mediodía, es tan hermoso como en el mes de Mayo en Francia. Apenas empiezan las lluvias, empieza una nueva primavera; las paredes de los terrados que sostienen las laderas cultivadas del Líbano y las fértiles colinas de las cercanías de Berut se han cubierto hasta tal punto de vegetacion, en pocos dias, que la tierra desaparece enteramente bajo el musgo, la yerba, las enredaderas, y las flores; la cebada verde alfombra todas las campiñas, que no eran mas que polvo á nuestra llegada; las moreras, que están echando la segunda hoja, forman, al rededor de las casas, bosques impenetrables al sol; vense de trecho en trecho, los tejados de las casas diseminadas en el llano, que salen de aquel Océano de verdura, y las mugeres griegas y sirias con su rico y brillante trage, semejantes á reinas, que toman el aire en los pabellones de sus jardines; pequeños senderos encajonados en la arena conducen de una á otra casa, de una á otra colina, por entre aquellos jardines continuos que se estienden desde el mar hasta el pié del Líbano: siguiéndolos, se ha-

lla uno de repente, en los dinteles de aquellas casitas, las mas deliciosas escenas de la vida patriarcal;—matronas y doncellas, sentadas á la sombra de las moreras ó de las higueras, a su puerta, bordando ricos tapices de lana de brillantes colores;—otras, atando el cabo de un hilo de seda á árboles distantes, los devanan andando lentamente, y cantando, de un árbol a otro;—hombres andando por el contrario, hácia atrás, ocupados en tejer telas de seda, y tirando la lanzadera, que otro hombre les devuelve tirándola del mismo modo; los niños están tendidos en cunas de junco ó en esteras, á la sombra;—algunos están suspendidos de las ramas de los naranjos;—los corpulentos carneros de Siria, de inmensa y rozagante cola, demasiado pesados para poder moverse, están tendidos en unos hoyos que se abren de intento para ellos en la tierra fresca delante de la puerta; una ó dos hermosas cabras, de largas orejas, pendientes como la de nuestros perros de caza, y á veces una vaca, completan el cuadro campestre; el caballo del amo está siempre tambien allí, cubierto de su magnífico arreo, y pronto á ser montado; este caballo forma parte de la familia, y parece que se toma interés por todo lo que se hace y se dice al rededor de él;—su fisonomía se anima como la de un rostro humano; cuando un extranjero se presenta y le habla, aguzza las orejas, levanta los labios, arruga la nariz, tiende la cabeza al viento y olfatea al desconocido

que le acaricia; sus ojos dulces, pero profundos y pensativos, brillan, como dos ascuas, bajo la hermosa y larga crin de su frente. Las familias, griegas, sirias y árabes de cultivadores que habitan aquellas casas al pié del Líbano, nada tienen de selvático ni de bárbaro; mas instruidos que los patanes de nuestras provincias, todos saben leer, y todos entienden dos lenguas, el árabe y el griego; son mansos, pacíficos, laboriosos y sobrios; ocupados toda la semana en labrar la tierra ó la seda, descansan el domingo, asistiendo con sus familias á los largos y vistosos oficios del culto griego ó siriano; luego vuelven á sus casas para comer un poco mejor que los dias de labor; las matronas y las doncellas, vestidas con sus mas ricas galas y el cabello trenzado y todo sembrado de azahar, de alelies y de claveles, se están sentadas sobre esteras en el portal de sus casas con sus vecinas y sus amigas. Seria imposible pintar con la pluma la hermosísima variedad de los grupos que forman aquellas mugeres en el campo: todos los dias veo allí caras de mugeres que el mismo Rafael no entrevió siquiera en sus sueños de artista. La belleza de aquellas mugeres es muy superior á la belleza italiana y griega; reúne la pureza de las formas, la delicadeza de los contornos, en una palabra, lo mas perfecto que nos han dejado el arte griego y el romano, pero singularmente realzado por una candidez primitiva y sencilla en la espresion,

por una serena y voluptuosa languidez, por una luz celestial que derraman sobre las facciones unos ojos azules rodeados de negras pestañas, y por una gracia en la sonrisa, una armonía en las proporciones, una blancura animada de color, una indecible transparencia de cutis, un barniz metálico en el cabello, una elegancia de movimientos, una singularidad de actitudes, y un metal claro y vibrante de la voz, que hacen de la jóven siria la húrta del pairaso de los ojos. Esas hermosuras admirables y variadas son tambien muy comunes; nunca ando una hora por el campo sin encontrarme algunas que van á las fuentes ó vuelven con sus urnas etruscas sobre el hombro, y con las piernas desnudas rodeadas de brazaletes de plata; los hombres y los muchachos van el domingo á sentarse, por todo descanso, sobre esteras tendidas al pié de algun corpulento sicomoro, no lejos de una fuente; allí se están inmóviles todo el dia, contando historias maravillosas, bebiendo de cuando en cuando una taza de café ó de agua fresca; otros se van á la cima de los collados, y allí se los ve tranquilamente agrupados entre sus viñas ó sus olivos, gozando con delicia de la vista del mar que señorean aquellas alturas, de la transparencia del cielo, del canto de las aves y de todos aquellos instintivos placeres del hombre puro y sencillo que nuestras poblaciones han perdido por la estrepitosa algazara de la taberna ó los vapores de las orgías. Jamas esce-

nas mas bellas de la creacion se vieron pobladas y animadas por mas puras y hermosas impresiones; la naturaleza aquí es un himno perpetuo a la bondad del Criador, y ningun tono falso, ningun espectáculo de miseria ó de vicio, turban, para el extranjero, la hechicera armonía de este himno;—hombres, mugeres, aves, brutos, árboles, montañas, mar, cielo, clima, todo es bello, todo es puro, todo es espléndido y religioso.

19 de Noviembre 1832.

Esta mañana fuí de madrugada con Julia á pasear por la colina que los griegos llaman San Dimitri, á cosa de una legua de Berút, en el camino del Líbano, y siguiendo oblicuamente la curva de la línea del mar. Dos de mis árabes nos acompañaban uno para guiarnos, y otro para ir al lado del caballo de Julia y recibirla en sus brazos si se alborotaba el caballo. Cuando las senderos eran demasiado rápidos, nos apeábamos un momento y recorriamos á pié los terrados naturales ó artificiales que forman una serie de escalones de verdura de todo el collado de San Dimitri. Muchas veces en mi niñez me he representado aquel paraiso terrenal, aquel Eden de que todas las naciones conservan un recuerdo, ya como un hermoso sueño, ya co-